

Prólogo

En 2019, varias sociedades científicas británicas (la Real Sociedad Química, el Instituto de Física y la Real Sociedad Astronómica) publicaron un estudio sobre cómo se vive en la ciencia siendo LGTBQA+, término aceptado por el manifiesto de la reunión del Orgullo Mundial de 2016 en Madrid para referirse a personas del abanico de la diversidad afectivo-sexual y de género. Una tercera parte de estas personas había considerado seriamente dejar su carrera docente o investigadora porque sufrían discriminación de diferentes tipos. Muchas de ellas habían recibido consejos por parte de iguales o jefes para mantener sus demostraciones de diversidad en bajo nivel u ocultarlas. En otros estudios estadounidenses se observa que estas personas están más *en el armario* en sus entornos laborales que en su vida personal fuera del laboratorio, instituto o universidad. No es fácil, ahora que se finaliza el segundo decenio del siglo XXI, ser LGTBQA+ en general, ni tampoco en la ciencia en particular, pese a tratarse de un ámbito donde cabría pensar que la racionalidad marcaría más las conductas inclusivas que los prejuicios.

Qué pensar entonces de lo que le sucedía hace casi un siglo a una vida ejemplar de la investigación científica como Pío del Río Horta, actor necesario en una revolución científica, en un país anclado en estructuras antiguas y donde la ciencia parecía algo ajeno, que mientras tanto albergaba algunas iniciativas punteras y tenía un nivel científico avanzadísimo en temas como la histología neuronal. Además de gran científico, fundamental para entender la ciencia actual,

fue una persona de importantes compromisos sociopolíticos. Y sufrió por todo ello, como también sufrió por el hecho de ser una persona *gay*. Tanto fue así que, si incluso ahora muchos científicos prefieren seguir en el armario, al protagonista de esta historia se lo encerró en muchos armarios, llevándolo a una casi total invisibilidad. Incomprendiblemente, después de tantos años, la historia de Pío del Río Hortega sigue sin conocerse.

Elena Lázaro ha decidido rescatar del olvido a este personaje y recorrer con él (y con nosotros, sus lectores) una aventura por casi un siglo de historias de una civilización convulsa y de un país, España, que siempre dolió por causas sin embargo no demasiado comprensibles. Elena Lázaro disecciona el mundo con bisturí de periodista y herramientas de historiadora, y presenta su autopsia con abundantes referencias narrativas y con elegante divulgación sobre temas como la neurohistología, la epidemiología, las políticas sanitarias, las repúblicas sociales y las guerras y exilios. No es este libro la biografía de un santo, ni la de un héroe. Ni siquiera, de hecho, es una biografía, sino una aventura histórica con un protagonista cuya historia necesitaba ser contada.

La autora se muestra muy hábil al conjuntar las diferentes áreas humanísticas con las científicas, una consiliencia notable no solo en este libro, sino en su trabajo cotidiano en la Unidad de Cultura Científica de la Universidad de Córdoba, donde desde hace años ha sabido llevar propuestas culturales llenas de ciencia a la sociedad. Es, además, presidenta de la Asociación Española de Comunicación Científica, dedicada a ese mundo de la ciencia comunicada a un público y una sociedad que apenas se adentra en territorios que también exigen contarse y describirse. Como mujer, por otro lado, y es preciso hacerlo notar, siempre ha tenido claro que la ciencia necesita de referentes y de cambios en las actitudes, en lo tocante al género, a la diversidad afectiva y a todas las dimensiones del ser humano, para lo cual hay que observar a esas personas científicas y que, como Pío del

Río Hortega, encuentran que su condición como personas, y como seres sociales, les condiciona la vida y el futuro. Como no podemos elegir cómo somos, ni cuándo y dónde vivimos, entender todas esas circunstancias es algo necesario para saber(nos) grandes o, si se da el caso, mezquinos.

No adelanto más, porque los prólogos no deberían ser más que una invitación a pasar rápidamente a la siguiente página. Así pues, prepárense para un viaje vertiginoso por los espacios y los tiempos en que vivieron Pío del Río Hortega y Nicolás Gómez del Moral.

Javier Armentia
Astrofísico, divulgador científico
y coordinador del Planetario de Pamplona